

Aparece la luna como un gran ojo que se abre en el cielo. Su luz fantasmal cae con el aplomo de una mirada acusadora, y yo escondo la culpa que nace en mí mientras enterramos a Ausencio, mi padre.

En mi mano tengo un puño de tierra que dejo caer sobre la tumba como si me desprendiera de un recuerdo. Entonces una voz me susurra: Ya vámonos... Es una voz que proviene de la lejanía, del mismo lugar de donde surge la música de banda y los lamentos. Cuántos lamentos, cuánta gente quiso a mi padre, lloran como se le llora a un hermano fallecido, pero en mí no hay más que silencio y culpa, la culpa de no llorar como los demás. Ya vámonos, vuelve a repetir la voz de mi madre, y yo, embriagado por el incienso y el mezcal que vierten los compañeros borrachos de mi padre sobre su tumba, abandono el panteón atravesándolo como se atraviesa un ensueño.

Al salir, mi cuerpo se torna pesado, aquejado de nuevo por la gravedad que dejé de sentir cuando entré en el panteón. A mi alrededor distingo tres sombras afligidas

que caminan con las cabezas agachadas; la más cercana a mí tiene mi mano entre la suya: es Marcela. Ha llorado más que mi madre y mi hermana, ha llorado por mí. Quisiera decirle que no lo haga, que ni siquiera conoció a mi padre, pero en mi boca sólo anida una saliva espesa en la que se pierden las palabras.

A lo largo del camino, un viento pesado que desciende del cerro nos oprime; es un suspiro caluroso que inunda las calles del pueblo. Pasa a nuestro lado y se va por un callejón sombrío, ahí donde hallaron el cadáver de mi padre ahogado en su vómito. Marcela aprieta mi mano y me mira consternada, esperando alguna reacción. Miro impasible la pequeña veladora que brilla débilmente en el lugar donde falleció mi padre, como si mirara cualquier otra, y sigo a mi madre y mi hermana que han decidido irse por el camino largo a casa, evitando pasar por aquel callejón infame.

Cuando llegamos a nuestro hogar, mi familia entra primero. Me detengo en el umbral y veo los ojos de Marcela, cansados por la desvelada. Entonces se disipa la maraña del sueño en el que he estado sumergido desde la misa de difuntos.. Siento la aspereza de mis manos recubiertas por la tierra del panteón, huelo el perfume de Marcela y me tranquiliza saber que al menos no la he enterrado a ella. Le doy las gracias por habernos acompañado y le digo que será mejor que regrese a su casa y descanse; anoche se quedó con nosotros mientras velábamos al difunto. Marcela me abraza y puedo sentir las lágrimas que corren sobre su mejilla pegada a la mía, el